

José Manuel Lucía Mejía

Cervantes íntimo.
Amor y sexo en los siglos de oro
Nota de lectura

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: Archivos Mediterráneo, África, Clásicos mínimos,
Fecha de Publicación: 15/12/2025 y 07/01/2026
Número de páginas: 21
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del
Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS), bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

EL CERVANTES ÍNTIMO DE JOSÉ MANUEL LUCÍA MEJÍAS

Fácil de leer. Párrafos breves, a veces de una sola línea, y recurso de referirse directamente al lector en muchas ocasiones, buscando su complicidad sobre el asunto tratado; en este caso, la creación del Cervantes mito sodomita y homosexual.

Documentación histórica y mito sodomita

La primera sorpresa del ensayo es la recurrencia al término “sodomita”, para mí algo forzado, aunque es término perfectamente cervantino, y un poco aleatorio, aunque interesante; en contraste con las mínimas alusiones a los términos bardaje – tan utilizado por Cervantes – y a bujarrón – tan utilizado por el autor del *Viaje de Turquía*, plenamente cervantino también pues es de 1558 – como sujetos pacientes y agentes, respectivamente, que veo mucho más adecuados para la “onda” cervantina.

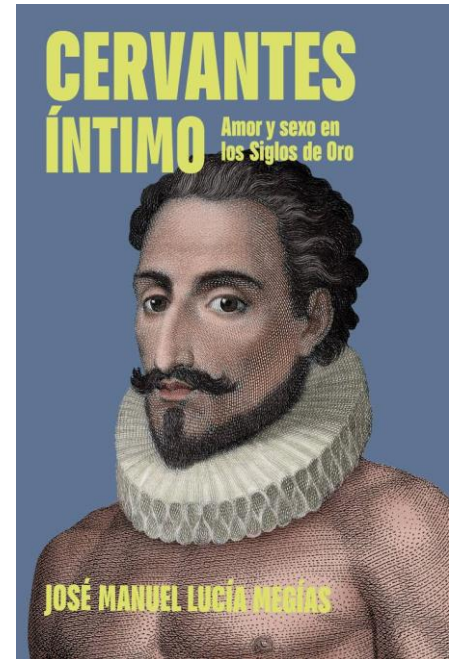
Para “escuchar a Cervantes”, que dijera Rosa Rossi, citada por Lucía, en su intento aproximativo bastante similar al suyo hoy, dados sus similares procesos de escucha; más cuidado proceso de escucha el de Lucía Mejía por su incorporación mayor de enfoques y documentación históricos, más ligero el de Rossi por prescindir de manera casi absoluta de lo histórico y basarse únicamente en la crítica literaria y cultural pura y dura: Wolf, Hegel, Mann, Kafka, Proust, Freud, Brecht, Mondadori, Ida Mangli, Primo Levi, Mozart, Prevert o Lorca...

Cuando salió el libro de Rossi, yo ya estaba terminando de escribir el *Cervantes y la Berbería...*, cuya primera edición apareció en 1996 y la segunda en el año siguiente, y mi reacción fue primero de sorpresa y luego de enfado, más que nada por relacionar alegremente a Cervantes con la homosexualidad con tan pobre manejo de aparato histórico, que sí maneja perfectamente Lucía, lo que hace mucho más interesante su intento aproximativo a la sexualidad cervantina. Y eso es mucho.

Aproximación a una sensibilidad 1: Trato de Argel y La Gran Sultana

Si de la literatura cervantina no se deben sacar datos para su biografía personal histórica, sí que se puede y debe intentar obtener datos y aproximaciones a su sensibilidad y maneras de pensar y percibir. Por lo que, en este caso concreto, piezas teatrales como *La Gran Sultana*, por ejemplo, sí nos da muchos datos para la captación de esas perspectivas sobre esa sensibilidad, o “El curioso impertinente” – Los Dos Amigos –, lo mismo que en las piezas teatrales *Los baños de Argel* y *Trato de Argel*.

A propósito de *Trato de Argel*, o *El trato de Argel*, J.M. Lucía cae en el mismo error que yo caí de más joven, en titular esa pieza teatral como “Los tratos de Argel”, por



influencia, sin duda, de “Los baños...” En la edición primera el título iba en singular, dando más fuerza si cabe al asunto principal de la pieza: el trato, el tipo de trato, o trata, o negocio que se llevaba a cabo en la ciudad corsaria, la compraventa de todo lo tratable o negociable, incluyendo a los hombres, los cautivos, los esclavos; lo principal allí era el dinero, el interés; Cervantes está descubriendo el corazón o el alma del mundo que se avecina, el capitalismo moderno, en el que todo se compra y todo se vende, incluso a las personas. Argel o la modernidad capitalista, esa es la esencia de *El trato de Argel*.

Argel, ciudad de sexualidad exacerbada y libre

Pero volvamos al asunto principal de este ensayo, la intimidad o la sexualidad del autor, la posibilidad de acercarnos a ella. Es una verdad histórica clara que la Argel corsaria de Hasán Veneciano es una de las ciudades mediterráneas más liberales, o libres, sin más, del momento en cuanto a su sexualidad cotidiana, si se pudiera expresar así. En Estambul, en la Constantinopla de las fuentes cristianas del momento, un viernes de mediados de mayo de 1577 el sultán Murat, o Amurates, fue a la mezquita y allí le entregaron, entre numerosos “rocca” o peticiones, o quejas, “una en nombre de las mujeres”, que se lamentaban “de que les habían desviado a sus maridos a causa de muchos jóvenes deshonestos que deambulaban por la ciudad”. Conmovido el sultán, ordenó hacer una investigación seguida de una gran redada que concluyó con el embarque de los apresados “para Argel con estas galeotas que están de partida para aquel lugar”; las galeotas eran las de Hasán Veneciano que llegarían a Argel la víspera de san Pedro y san Pablo, como recoge Antonio de Sosa puntualmente, a finales de junio de ese año 1577, pues. Lo cuenta en cifra el baile Gio Correr, o Corraro, el embajador residente veneciano, y lo he traducido sobre la marcha.

Es Antonio de Sosa, gran amigo y contertulio de Cervantes en Argel, quien mejor cuenta esa cotidianidad de aquella ciudad y su sexualidad exacerbada; aunque a Sosa haya que leerlo con precauciones: es eclesiástico, papaz, como se les denomina en Argel; y de los eclesiásticos hay que tener en cuenta que su visión del asunto, sobre todo el sexual, está impregnado de prejuicios de matiz “inquisitorial”: ven pecado en cada esquina y en cada gesto, se escandalizan y, sobre todo, pretenden escandalizar al lector cristiano con sus evocaciones y relatos.

Sosa no es un eclesiástico modélico, según las investigaciones de M.A.Garcés, pues era “apóstata” – en el sentido de que había dejado su religión agustina y se hacía pasar por sacerdote teólogo sin más – y concubinario, pues la mujer que le acompañaba en el cautiverio no era su hermana sino su amante, y el niño no era su sobrino sino posiblemente su hijo. Con ellos llegó a Argel el primero de abril de 1577 en la galera *San Pablo* de la religión de Malta, apresada por los corsarios argelinos, en la que se dirigía a Agrigento para tomar posesión de un beneficio eclesiástico para el que le había nombrado Felipe II. Ese es el Sosa, buen amigo de Cervantes en Argel, y que tiene esa obra monumental que es la *Topografía e historia general de Argel*, en donde narra con abrumadores detalles la vida sexual exacerbada de aquella ciudad y su gente; sobre todo la de los corsarios, con sus garzones y “mujeres barbadas”, y que relaciona directamente el mundo corsario, especialmente masculino y “macho”, con la homosexualidad, o la bujarronería, diríamos mejor, cuando alude a la presencia de muchachos bardajes en la nave corsaria sobre todo cuando se va a una expedición de corso de larga duración.

Una línea de investigación, la de la homosexualidad relacionada con el corso y el mar, que tiene un notable representante en B.R. Burg y su *Sodomy and the pirate tradition: English sea rovers in the seventeenth-century Caribbean* (Universidad de Nueva York, 1999) que convierte en una normalidad más toda la maledicencia sobre los corsarios berberiscos de Sosa.

Aproximación a una sensibilidad 2: Trato de Argel y La Gran Sultana

Una maledicencia de papaz contrarreformista, sin embargo, que se convierte al mismo tiempo en el más elocuente testimonio de una realidad exótica y realísima, en la que se ve inmerso el aún joven Cervantes en su cautiverio argelino, como testigo excepcional, pues alguien capaz de evocarlos en su literatura. Como así lo hizo.

Y, así, lo dice en su teatro – aviso para todos, pues aviso para ser representado en plaza pública – desde la primera pieza escrita nada más volver del cautiverio, *Trato de Argel*: lo importante es la esclavitud, la conversión del hombre en objeto, objeto que se compra y que se vende como cualquier mercancía, y a todo más el peligro que corren los jóvenes cautivos de ser convertidos también, como los jóvenes Juanito y Francisquito, por la oferta de una vida regalada y placentera, incluso en objetos sexuales precoces, como son los garzones; bien con halagos y caricias y una buena vida, bien por la violencia hasta la muerte o el martirio.

Trascendiendo la literatura papaz o eclesiástica contrarreformista, sin embargo, en el tratamiento de la diversidad sexual como horror o peligro pecaminoso, es en *La Gran Sultana* doña Catalina de Oviedo donde Cervantes manifiesta un punto de vista totalmente diferente. La afición a los garzones del cadí de Estambul, a los jóvenes italianos en concreto, es uno de los motivos cómicos de la pieza, lo mismo que las picardías de Madrigal para hacerse con el favor de su amo.

Parece insólito ese tomarse a broma la diversidad sexual, lo mismo que el travestismo de ese muchacho transilvano (Lamberto) disfrazado de mujer (Zelinda) para estar cerca de su novia (Clara/Zaida), y que se inventa un milagro de Mahoma sobre su cambio de sexo para evitar que el sultán tenga relaciones sexuales con él (Lamberto), creyéndole ella (Zelinda).

Motivo de comicidad, tan contrario al tratamiento horrorizado de los autores eclesiásticos, como el mismo Sosa. Es el tratamiento cervantino, cómico y distendido, de un asunto tan grave para la mentalidad católica ortodoxa y rigorista, que no puede admitir un resquicio de tolerancia en esos asuntos.

El final de *La Gran Sultana*, encinta de cuatro meses del sultán, parece un final de revista musical contemporánea cómica y pícara, con los garzones de palacio danzando y cantando a la sultana doña Catalina, “que de su libertad y su memoria se haga nueva y verdadera historia”. Con lo que termina la pieza teatral.

Demasiado jolgorio cervantino para oídos conservadores, tanto turcos como cristianos, para quienes todavía en esta pieza hay demasiados aspectos que rechinan para su sensibilidad, desde el matrimonio mixto al cachondeo permisivo en torno a la homosexualidad, la diversidad sexual, por utilizar términos tal vez demasiado actuales.

Todo esto lo expliqué tantas veces que ya me da pereza volver sobre ello. Por lo tanto, al final de estas líneas en honor del *Cervantes íntimo* de J.M. Lucía, recogeré unas páginas de *Cervantes y la Berbería...*, en donde lo había expuesto tal vez, por mi parte, por primera vez.

El joven Cervantes y la ciudad de Argel

No se atreve, como es lógico, J.M. Lucía, a afirmar con rotundidad esa “diversidad” – lo mismo que Combet o Smantar, que también sospecharon una sentimentalidad peculiar en este autor – pero tampoco va más allá en esas sospechas. Y es lógico, como decía, pues no hay una constancia tan clara, por ejemplo, como en la heterosexualidad de Lope, tan presente en su biografía, a lo largo de toda su vida.

A Cervantes se le puede suponer su heterosexualidad por el matrimonio con Catalina de Salazar, al menos, y por la paternidad – también puesta en duda por algunos cervantistas – a propósito de su hija Isabel de Saavedra. Heterosexualidad que no impediría, por otra parte, las sospechas o “sombras” de “diversidad”, homosexualidad o bisexualidad, siguiendo con la utilización de categorías muy de actualidad.

Recuerdo una noche por el Madrid de los años setenta del siglo pasado, de alcohol y poesía, tan típicas de la bohemia del momento, del final del franquismo, en la que Jaime Gil de Biedma me explicó el concepto de “homosentimentalidad”, compatible con la heterosexualidad, como una alternativa posible a la homosexualidad pura y dura, aunque no sé si esta variante sexual posible podría aplicarse al caso cervantino. Y más en una sociedad patriarcal más rígida sin duda que la actual, y con una sexualidad popular bastante excesiva e incontrolable, más próxima a la sexualidad antigua y campesina, que la Inquisición con su rigor en esos asuntos intentaba reducir a los dogmas católicos postridentinos del momento.

El ejemplo que J.M. Lucía cita, sacado de los trabajos de R. Carrasco, del promiscuo joven esclavo Bartolomé Juárez en medios de criados y palafreneros es significativo, y aquí y allá, en la documentación del momento, la sugerencia de relaciones sexuales abundantes, muchas veces como meras relaciones de fuerza o de poder, es constante o continua. Una realidad que Cervantes conocería plenamente en su madurez sin duda. Pero eso son aproximaciones globales, generales, tanto la sexualidad popular como la de los medios corsarios y del cautiverio turco-berberisco.

La acusación de Blanco de Paz y la recusación de Enríquez

A Cervantes, en concreto, se le cuestiona su tipo de sexualidad, básicamente, por la acusación del dominico Blanco de Paz de que en su vida de cautivo hay cosas “viciosas y feas”, o por “alguna cosa fea y deshonesta que a su persona viniese mácula”, todo lo cual se relaciona de inmediato con lo sexual; en el caso de un eclesiástico podría referirse a la actividad sexual en general, pero en el caso de un laico, como es el caso de Cervantes, se referiría a la actividad sexual *viciosa y fea y que deja mácula*, la sombra del pecado nefando, la sodomía o la homosexualidad.

Esto aparece, la acusación de un clérigo inquisidor, en la declaración de Argel en boca de otro clérigo, fray Feliciano Enríquez, con la misma mentalidad clerical que

comentamos, que ven pecado de la carne en cualquier esquina de aquella ciudad más pagana que musulmana, incluso, especialmente sensible a este tipo de enfoques moralistas, particularmente en lo sexual, y que remata la apreciación diciendo que durante un tiempo él sintió enemistad o animadversión hacia Cervantes: “estuvo un poco tiempo muy enemigo con el dicho Miguel de Cervantes”; y por ello escuchó las acusaciones de Blanco de Paz e incluso se esforzó por investigar por todo Argel contra él en ese sentido. “Procuró este testigo – dice Enríquez – con grande instancia por todo Argel inquirir y saber” si “había alguna cosa fea y deshonesta que a su persona pusiese mácula”. Y no halló nada; más aún, “halló por grande mentira lo que se había hablado por la dicha persona (Juan Blanco)”, hasta el punto que “se pondrá a que lo quemen vivo si todo lo que se habló” contra Cervantes, “era todo gran mentira”. Tal vez sea el desmentido más claro y rotundo, el de un papaz contra las palabras de otro papaz. Más convincente también a los oídos del momento.

Otras declaraciones y otras sugerencias: el joven Diego de Benavides

Poco más habría que decir a este respecto. Creo que los testimonios de amigos y colegas de Cervantes en la declaración de Argel de octubre de 1580 neutralizan con naturalidad o normalidad, a pesar de que la declaración se preparara expresamente para ello, las malintencionadas acusaciones sugeridas por el inquisidor Blanco de Paz. De ellas, si me dieran a elegir la más contundente en ese sentido, elegiría la emocionante del soldado viejo sardo Domingo Lopino, el que aún hoy habría que escuchar si se quisiera obtener un retrato vívido del joven Cervantes en Argel, más allá del mito de *ejemplar y heroico*... Se puede leer en nota en el apéndice de este breve ensayo, al final, de *Cervantes y la Berbería*...

Pero hay otra declaración en la Información de Argel que nos podría permitir hablar, como documento histórico excepcional que es, de una hermosa amistad que perfectamente podría interpretarse en clave de “homosentimentalidad” al menos. Es la declaración de Diego de Benavides, un joven de 28 años -Cervantes tiene ya 32 para 33 – que acaba de llegar de Estambul en la flotilla del nuevo gobernador enviado para sustituir a Hasán Veneciano. Ha llegado a Argel en agosto de 1580 para terminar su rescate, y su declaración es más corta pues sólo desde esa fecha conoce a Cervantes; ya rescatado, y dada su juventud, le recomiendan a Cervantes como el mejor hombre para acogerle “con su posada, ropa y dineros que él tuviere”, y así sucede: Cervantes “le tiene en su compañía, donde comen de presente juntos y están en un aposento donde le hace mucha merced”. El joven Benavides dice que en él halló “padre y madre”. En fin, que “cada día anda junto al dicho Miguel de Cervantes, come y bebe y aloja con él”. Esta estrecha relación diaria durará tres meses, desde la llegada de Diego de Benavides a Argel en agosto hasta la salida del cautiverio de ambos en octubre, un joven treintañero, pero más veterano cautivo en Argel, y otro veintañero, novato allí y que se pone bajo su protección para salvar la integridad física de su propia juventud, conviviendo a diario, estrechamente, conviviendo y durmiendo juntos en un mismo espacio de aquella peculiar prisión.

Los dos amigos y el curioso impertinente

Hay que volver de nuevo, y para ir terminando, a la literatura cervantina para intentar aproximarnos a su posible punto de vista y de sensibilidad ante temas complejos como

es el sexual y amoroso. Si en *La Gran Sultana* se puede captar con cierta certeza la postura del Cervantes maduro ante la sensualidad oriental y la relativa normalidad de la atracción sexual por los jóvenes garzones, tratado incluso como asunto jocoso, divertido, nada trágico-pecaminoso, al estilo papaz o clerical, en *El curioso impertinente*, novela corta incluida en el Quijote, podemos captar otro perfil de la sensibilidad cervantina sorprendente y valiente, de nuevo poco usual tanto para su tiempo como para el nuestro.

La atracción mutua – de nuevo la homosentimentalidad – de dos amigos, Anselmo y Lotario, y su culminación con la relación con Camila, esposa de Anselmo, a la que Lotario cortejará por insistencia de su amigo para probar su virtud. El resultado es una relación a tres, un trío amoroso peculiar, que perdurará en el tiempo hasta su descubrimiento ocasional y malaventurado que trae la desgracia para los tres, los dos amigos y la amante de ambos, la bella y discreta Camila.

Anselmo lamenta su “mal deseo”, y su curiosidad malsana la considera enfermedad inusual: “yo padezco ahora la enfermedad que suelen tener algunas mujeres que se les antoja comer tierra...” Un mal deseo, un antojo morboso, o como dice en su texto final de despedida, “un necio e impertinente deseo me quitó la vida...”

Una experiencia extrema, pues, pero que durante semanas, tal vez meses, constituyó una peculiar historia de amor a tres que mantenía a sus tres protagonistas perfectamente satisfechos sentimental y sexualmente, amigo con amigo, esposo con esposa, amante/amado con amante/amada; y que uno llega a intuir – una vez más, con Cervantes en estos asuntos solo caben las intuiciones – que sólo tuvo final trágico esta historia por imposición de los tiempos, como sucedería aún hoy; porque no se podía permitir una relación a tres tan plena. Tan por encima del mejor vaudeville del marido, la mujer y el otro, frívolo y ligero.

La película *El cautivo de Amenábar*: Cervantes y Hasán Veneciano frente a frente

Y llegamos al final de esta deriva, siempre abierta e inconclusa, con un joven cautivo castellano Cervantes y otro joven veneciano, Andreta, ahora Hasán, rey o bajá de la ciudad y amo de ese cautivo. Ambos treintañeros, en la plenitud de su juventud o de su vida en el momento, pues, o en el inicio de su madurez vital y profesional; que los llevaría, a uno, a ser un respetado escritor tardío, al otro a la culminación de una carrera política y marinera, a almirante de la armada otomana a la muerte de su patrón y mentor Uchalí.

Así como a Uchalí Cervantes lo trata bien, como a un renegado o muladí que asciende en el imperio otomano hasta el poder supremo en la armada sin malas mañas o por medios honorables, se podría decir, a Hasán Veneciano le tilda de “verdugo” del género humano, como a un hombre cruel y despiadado. Es el mismo retrato que Sosa deja de él, así como de gobernante corrupto, diríamos hoy, con todo tipo de artimañas para enriquecerse.

En 1578, en la batalla de los Tres Reyes o de Alcazarquivir, había muerto el rey Sebastián de Portugal, así como el Jarife – “el negro rey de Fez” – y Muley Maluco o Abdelmelec, que había sido ayudado por los turcos de Argel a recuperar su reino; su

viuda, que acababa de tener un hijo, había quedado en Argel, de alguna manera rehén peculiar; es la hija de Agi Morato con la que Hasán Veneciano había de casarse, tal vez estando Cervantes en Argel todavía, para tener mayor influencia en el vecino reino de Fez con ese hijo del difunto Abdelemelec en su poder, bajo su protección, que podría convertirse un día en importante arma política para ocupar Marruecos.

Un hombre muy rico ya y promotor de numerosas y exitosas expediciones de corso por todo el Mediterráneo occidental durante su periodo argelino, iba a adquirir cada vez más importancia política e influencia en Estambul hasta el punto de poder disputar a su viejo amo, Uchalí, su independencia de acción y hasta convertirse en su sucesor, eso sí, a su muerte, al frente de la flota otomana.

Frente a él – un veneciano turco de profesión, muladí, muy rico y poderoso – un Cervantes de su misma edad, pero cautivo y estropeado de una mano, sólo podía tener un interés secundario por la alta tasa de su rescate que fue lo que, al fin, le salvó de los mayores peligros. Era uno de los esclavos o cautivos de alto rescate: mil escudos había pedido por él, en principio, el rey Hasán, y a última hora se conformó con la mitad; su “buen trato y conversación” sólo le podrían servir para apuntalar ese alto rescate de un hombre educado y por ello superior. Nada de un bello joven deseable como garzón bardaje ni nada que se le pareciese; hacía tiempo que a aquel cautivo castellano se le había pasado ese tiempo de primera juventud deseable en aquel medio corsario y marinero...

Por todo ello, la película *El Cautivo* de Alejandro Amenábar, a pesar de parecerme estupenda esa interpretación suya de los dos personajes frente a frente, me parece también una caricatura o una parodia; eso sí, parodia como el Quijote mismo lo fue para aquel género literario de las novelas de caballerías, aunque sin ese humor cervantino que pudiera hacerla más soportable o más admirable sin más.

Final

No toda aproximación a Cervantes tiene por qué dar como resultado una caricatura o una parodia del mismo, aunque creo bien difícil de encontrar el tono o el relato para esa aproximación. Y en cuanto al asunto de su sexualidad, su más íntima sensibilidad, me basta con ese tono jocoso de la Gran Sultana al referirse a los garzones de Estambul y su cadí enamorado o a esa invención del posible y gozoso – con sus contrapuntos negativos de mala conciencia y culpabilidad – enamoramiento de los dos amigos entre sí y de ambos con su amada discreta y bella, que quiero imaginar que sólo por compromiso con su tiempo y su sociedad real Cervantes hace fracasar y no convierte en otro de los perfiles de su añorada edad de oro.

Finalmente, y de nuevo la intuición prima sobre el razonamiento, la relación estrecha durante unos meses entre los jóvenes Miguel de Cervantes y Diego de Benavides puede acercarse a una intimidad que desborda o trasciende la sexualidad más simple, en la que la sodomía como definición de tendencia sexual suena a simple ordinariéz, sobra, y en



la que, si se analizaran circunstancias personales y posibilidades de relación, tal vez la impotencia o la desgana sexual, que también parecen sugerir algunas maledicciones de época, tendrían o cobrarían más sentido.

APÉNDICES FINALES

1

En primer lugar, una de las declaraciones del soldado viejo sardo Domingo Lopino, en nota en pp.254-255-256 de *Cervantes y la Berbería...*:

El capitán sardo, hasta muy avanzado el cuestionario, parece no arrancar en las palabras, se limita a admitir lo que se le pregunta con tosca lengua de frases hechas; justo hasta el momento en el que se comienza a tratar de «honra», de aprecio de la propia persona, podríamos decir. Y entonces aquel capitán de Cerdeña, cuarentón y con muchos años de cautiverio a sus espaldas, entre Estambul y Argel, parece desplegar toda su oratoria en un «monólogo» prodigioso de expresividad, digno de una gran pieza dramática. Lo recogemos por extenso en nota por su interés⁸⁸.

⁸⁸ «Este testigo, por ser persona de calidad y que ha servido a su magestad treinta años ocupado en cosas de su real servicio, como ha sido de capitán y de pesquisidor en el reino de Cerdeña, que son ocasiones honrosas y calificadas, por donde este testigo debe ser inclinado a tener mucha reputación en frecuentar y comunicar con los semejantes. Y, así, para su contemplación deste testigo, dese[a]ba y procuraba de allegarse y juntarse con el dicho Miguel de Cervantes, respecto de que, de ordinario, el susodicho este testigo le vido y veía tratar con caballeros, capitanes, comendadores, letrados y religiosos y otros criados de su magestad. Porque el susodicho veía este testigo que de todos éstos que dicho tiene era querido, amado, reputado y estimado. Y cuanto veía tan notoriamente, a este testigo le daba cierta especie de envidia en ver cuán bien procedía y sabía proceder el dicho Miguel de Cervantes... Porque, cierto, el susodicho ha tratado muy virtuosa e hidalgamente; y no solamente todos los que dicho tiene este testigo, mas los padres redentores que han venido a hacer rescates, como fue el padre fray Jorge de Olivar, y el muy reverendo padre fray Juan Gil, de la corona de Castilla. Los cuales le han admitido, así en conversación como en haberlo asentado a su mesa, de lo cual tomaban contento. Y visto por este testigo, holgaba de tener por amigo al dicho Miguel de Cervantes y alcanzar de su buen trato y conversación, porques cierto de quererlo y amarlo, por merecerlo...



»Y quel dicho Miguel de Cervantes... es... buen cristiano, temeroso de Dios y de su conciencia, de buena vida y fama y de toda reputación, no acostumbrado a cometer negocios bajos y feos, tiene entendido quel susodicho no hará ni acometerá cosa y casos por donde venga a menosprecio de su persona...

»Quel dicho Juan Blanco de Paz, yendo a hablar con este testigo, questaba en casa de su patrón metido en un calabozo con dos cadenas grandes, la una en el pescuezo y la otra, ques la más gruesa de Argel, en el lado izquierdo de la pierna, no dejándolo su amo salir de casa, el dicho Juan Blanco, sabiendo que este testigo le quería mal por lo de la descubierta de la fragata y lo demás de quererse huir muchos caballeros y personas principales, fue a visitar y a consolar dándole mucho ánimo, ofreciéndosele si había menester alguna cosa. Y que tratando de negocios le dio cuenta el dicho Juan Blanco a este testigo de todo lo contenido en la pregunta (que era comisario inquisitorial) y, así, este testigo le creyó por habérselo dicho el mismo...

»Este testigo le vio ciertas informaciones que tenía tomadas contra algunas personas. En especial, vio una contra el dicho Miguel de Cervantes, y diciéndole este testigo que para qué hacía información contra el dicho Cervantes, respondió que porque le quería mal y era su enemigo, pues andaba diciendo tanto mal dél; la cual enemistad era por lo que dicho tiene, por haber habido descubierto al rey lo de la fragata y huida de caballeros y gentes principales. Finalmente..., tratando con... Juan Blanco para qué hacía informaciones contra otras gentes, pues la hacía contra su enemigo Miguel de Cervantes, respondió que aquello era hecho de maña contra muchos para dar color; para que si los susodichos en España algún tiempo tratasen lo mal qué lo había hecho en destruir a tantas gentes, no valiesen sus dichos y disposiciones por ser sus enemigos capitales y haber hecho el dicho Juan Blanco contra ellos las dichas informaciones, de la cual forma y juego de maña no le perturbase ni perjudicase cosa ninguna los dichos de los susodichos...

»Este testigo, estando en su casa donde tiene dicho..., Juan Blanco tornó a verse con él y le ofreció que si había menester favor y su persona y dinero, que hablase, que no tuviese empacho, qué estaba muy aparejado para servirle y hacer todo aquello que a este testigo se le ofreciese. Y, así, el dicho Juan Blanco tornó a replicar y le dijo:

»—Señor capitán: tengo necesidad de su favor de vuestra merced para acabar de fulminar dos procesos.

»Los cuales los tenía en la mano, que eran hechos contra particulares. Y el uno era contra... Miguel de Cervantes. Y visto esto el dicho capitán Lopino, le pesó mucho en ver que el dicho doctor Juan Blanco se metiese en negocios de calumniar tal persona, como era el dicho Miguel de Cervantes, siendo como es un caballero generoso, virtuoso y de mucho valor, que su oficio en Argel era favorecer y ayudar a todos los cristianos que a él se le encomendaban. Y demás de esto, este... testigo le respondió a... Juan Blanco que todo lo que hacía había de ser cosa de poco valor, que no se metiese en aquello, que encargaba [*sic*] su alma y conciencia y de todo se había de dar cuenta a Dios, que se dejase de aquello... Y entonces el dicho Juan Blanco le respondió a este testigo:

»—Señor capitán: yo ya me tengo descubierto a vuestra merced, a mi pecho, como a persona principal y amigo; que yo le prometo que a quien a mí me picare y me hiciere mal, como dicen que han de hacer, que le tengo que dañar y perjudicar en cuanto pudiere, aunque sea contra mi padre. Porque aquí en Argel, a trueque de poco, hallaré testigos para cada paso.

»Y habiendo oído y entendido este testigo, le pareció disparate todo lo que el dicho Juan Blanco decía. Y, así, desde entonces, este testigo le tuvo por un hombre de mala conciencia, fuera del camino de Dios. Y por esta causa este testigo le tiene y tuvo por hombre de mala reputación y poco crédito...

»Nunca este testigo... le ha visto decir misa, ni rezar las oraciones canónicas que obligado como tal sacerdote, ni visitar enfermos cristianos que están con trabajo, si no es a este testigo que cada día, por estar metido en hierros aprisionado..., sin salir de casa de su patrón, le fue a visitar todos los días; todo, a fin de tenerlo grato para sus pretentos y malos propósitos que tenía contra muchas gentes, por estar mal quisto en esta esclavitud. Y, así, este... testigo procuró saberse evadir dél por buenos términos.» *Ibid.* pp. 112-7.

Este fragmento está sacado de la *Información de Miguel de Cervantes de lo que ha servido a Su Majestad y de lo que ha hecho estando cautivo en Argel...*, transcripción de Pedro Torres Lanzas, Madrid, 1981, reedic. de José Esteban edit.

APÉNDICE 2

Pp. 259-275 del libro de Emilio Sola y José F. de la Peña, *Cervantes y la Berbería. Cervantes, mundo turco-berberisco y servicios secretos en la época de Felipe II*. Madrid, 1995, Fondo de Cultura Económica.

258

CERVANTES Y BERBERÍA

ción del carmelita —como lo ha sido— la que más «sospechas» levante sobre la «inocencia» de Cervantes, sobre posibles «cosas viciosas y feas» o sobre esa «cosa fea y deshonestas que a su persona viniese mácula».

Juan Goytisolo, buen conocedor del mundo magrebí y de la obra de Cervantes, evoca la perplejidad que la lectura de no pocas piezas cervantinas puede causar al lector: «Maestro en el arte de la insinuación, ambigüedad e ironía, Cervantes se complace en erosionar sutilmente sus convicciones más asentadas, orientándolo hacia un terreno sembrado de incertidumbre y enigmas»⁹⁰. Esa faceta de la creación literaria de Cervantes, una más entre las muchas y ricas que posee, es la que ha permitido las más variadas interpretaciones e hipótesis sobre el autor y su obra, en muchas ocasiones —como sucede con frecuencia también con el hispanismo en todo el mundo— expresadas con apasionamiento. La seducción que ejerce Cervantes alcanza a los propios creadores literarios, como muy bien expresa Goytisolo: «Tres siglos y medio después, los novelistas “cervanteamos” aun sin saberlo, escribiendo nuestras obras, escribimos desde y para Cervantes; escribiendo sobre Cervantes escribimos sobre nosotros mismos»⁹¹. Esa seducción también alcanza a la crítica literaria y da lugar a muy variadas lecturas de un mismo texto. Y puede suceder, incluso, que esas lecturas diversas de la creación literaria cervantina —tanto en narrativa como en teatro— intenten colmar lagunas biográficas o históricas que la escasa apoyatura documental del Cervantes histórico ha dejado, de momento, aquí y allá.

En un interesante artículo de Françoise Zmantar sobre «Miguel de Cervantes y sus fantasmas de Argel»⁹², se apuntan algunas consideraciones sobre la ambigüedad sexual de ciertos personajes y situaciones en *Los baños de Argel* o, mejor,

⁹⁰ J. Goytisolo, *Crónicas sarracinas*, Barcelona, 1982, p. 59.

⁹¹ *Ibid.* p. 61.

⁹² En *Quimera*, 2 de noviembre de 1980, pp. 31-7.

HASÁN VENECIANO Y CERVANTES FRENTE A FRENTE

259

sobre el «desdoblamiento del eros», como comentara José Ángel Valente en una interesante reseña sobre un libro de R. Rossi⁹³. Cita Valente también «las aportaciones de Maurice Molho, y en particular... su penetrante lectura de *El retablo de las maravillas* (1976)... y de Louis Combet sobre la “incertidumbre del deseo” en la totalidad de la obra cervantina (1980)». Y es en el marco de esas lecturas críticas en donde la «maña» de Blanco de Paz de investigar sobre la «vida y costumbres» de Cervantes —que el carmelita toledano Feliciano Enríquez resume en las frases «cosas viciosas y feas» y «cosa fea y deshonestas que a su persona viniese mácula»— hace sospechar a algunos cervantistas la posibilidad de que la homosexualidad pudiera ser una componente más del perfil biográfico de Miguel de Cervantes, en particular durante sus cinco años de vida en Berbería, que es lo que nos interesa en este libro de maravillas. Lo que en Zmantar eran sólo «fantasmas», en Combet «incertidumbre del deseo», en Goytisolo «uso de máscaras» o en Valente «rumor de la persona», se convierte en el ensayo de Rossi en «diversidad sexual» de Cervantes, primero, y luego en simple homosexualidad, al menos «de pensamiento».

MIGUEL DE CERVANTES Y HASÁN VENECIANO
FRENTE A FRENTE

Es el momento ya de poner frente a frente a Hasán Veneciano y a Miguel de Cervantes, aprovechando el ensayo de la profesora italiana que realiza esta confrontación de personajes demasiado a la ligera, a mi ver, de manera bastante apresurada y sin una conveniente «puesta en escena» histórica, de época. Tal vez sea éste el principal defecto del ensayo; como

⁹³ El texto de J.A. Valente es «Cervantes o el rumor de la persona» (diario *El País*, 20 de marzo de 1988), y el ensayo de R. Rossi *Escuchar a Cervantes. Un ensayo biográfico*, Valladolid, 1988, Ed. Ámbito.

de pasada se cita en él a Barthes —muchas veces—, Benjamin, Woolf, Hegel, Mann, Kafka, Proust, Freud, Brecht, Mondadori, Ida Mangli, Primo Levi, Mozart, Prevert o Lorca, pero en citas a vuelapluma y sin demasiadas precisiones, y sólo a dos historiadores; una cita poco exacta de Braudel y otra de Lynch⁹⁴; de este último, en concreto, hace un elogio demasiado amplio para un texto tan breve: «Una obra historiográfica (*España bajo los Austrias*) en que se encuentra muy bien reconstruida la realidad económica y social del tiempo de Cervantes, quizá porque ha sido pensada como un libro para los estudiosos de la literatura —atento, por lo tanto, más a problemas de fondo que a aspectos superficiales—»⁹⁵; ese juicio parece sospechoso, sobre todo si se olvida de otros autores tan importantes para eso como Domínguez Ortiz, Elliott, Kamen, Caro, Vilar, Maravall, Ruiz Martín o el mismo Castro. Tampoco hace referencia alguna a las fuentes que tanto hemos usado en este libro —Mármol, Sandoval, Torres, Gómara, Haedo/Sosa— y que le hubieran permitido aproximarse al mundo berberisco sin el que es muy difícil reconstruir el posible conflicto Hasán Veneciano/Cervantes. Por último, de la «Información» hecha en Argel por fray Juan Gil a petición de Cervantes, únicamente utiliza la «maña» de Blanco de Paz para «perjudicar a Cervantes»⁹⁶ y la asume sin más: «los decires... debieron de ser corrientes sobre las relaciones entre Cervantes y Hasán Pachá»⁹⁷. Más bien parece lo contrario: debieron de haber sido —y el testimonio del carmelita toledano Enríquez es concluyente— raros y malintencionados. La «Información» de Argel y la obra entera de Sosa, así como la de Cervantes mismo, favorecerían esta posibilidad. Rossi es sensible a los «chismorreos de baja estofa entre los grupos intelectuales

⁹⁴ Rossi, pp. 55 y 81.

⁹⁵ Rossi, p. 81. El libro de Lynch tuvo tres ediciones en castellano entre 1970 y 1975, en la ed. Península.

⁹⁶ Rossi, p. 59.

⁹⁷ *Ibidem*.

de la «feliz» España de Felipe III»⁹⁸ —Cervantes como «cornudo» e «impotente» en un soneto de Lope— y únicamente se interesa por ese tipo de testimonio «chismoso», sin embargo, a pesar de que dé lugar a un informe tan rotundo en la negación del «chisme» como es la «información» de Argel.

Dos son las ocasiones en las que, según los textos, Hasán Veneciano y Miguel de Cervantes se encuentran cara a cara, en octubre de 1577 y de 1579, y en ambas ocasiones en circunstancias dramáticas para Cervantes. En la primera ocasión Cervantes acabaría de cumplir los treinta años y en la segunda los treinta y dos; Hasán Veneciano debía de tener en torno a dos años más que Cervantes. En la primera ocasión Cervantes salía de la cueva del alcaide Hasán, en donde no pocos de sus compañeros habían enfermado por las duras condiciones de habitabilidad, y había sido maltratado mientras era conducido a la presencia del rey. En la segunda ocasión, Argel salía de aquella hambruna terrible que había dado lugar a una gran mortandad, esos treinta o cuarenta muertos diarios que evocara Sosa, hambruna que debieron sufrir en especial los cautivos y esclavos.

Amarradas las manos y con una soga al cuello, el «estropeado» Cervantes —es expresión de Sosa— debía de ofrecer una imagen bien penosa, más para provocar rechazo que para provocar atracción o deseo sexual en un hombre, por muy aficionado que pudiera ser a garzones y bardajes. A Cervantes, esclavo treintañero mal alimentado y mal vestido, hacía tiempo que se le habría pasado la ocasión de medrar en una sociedad como la berberisca como —y valgan los neologismos y el tono un tanto procaz— «barbajeable» o «garzonable», aun si él se lo hubiera propuesto. También es muy improbable que Hasán Veneciano se hubiera fijado en él en aquellas dos ocasiones si hubiera deseado elegir un bujarrón. Por eso la historia de amor —o la erotización, sin más, de

⁹⁸ *Ibid.* p. 30.

aquel encuentro— que tan a la ligera sugiere Rossi parece tan improbable, si no imposible historia de amor.

En esos dos encuentros documentados de Hasán Veneciano y Miguel de Cervantes sí sucedió algo, sin duda, aunque algo de seguro que bien lejano a lo que sugiere Rossi. Frente a frente estaban un joven veneciano y otro joven alcalaíno-madrileño, ambos en el inicio de la treintena, ambos originarios de centros urbanos privilegiados para la época por su poder, riqueza y ofertas de posibilidades para alguien que quisiera labrarse un porvenir, ambos en una ciudad marinera y de aluvión como Argel, el uno rey todopoderoso de ese territorio, el otro esclavo en peligro de muerte por intentar huir de él. Parecían dos «fortunas» —o *maktub*— contrapuestas.

Hasán Bajá, el veneciano Andretta, pudo sentir curiosidad por un cautivo prestigioso en aquel medio difícil, tal vez —muy en el fondo— admiración ante un comportamiento valeroso y solidario, virtudes apreciadas en todas las «culturas populares», y sin duda que interés por un objeto caro, un cautivo cuya redención se había tasado alta. Si además había participado de alguna manera en las negociaciones discretas de las que hablara Canavaggio, era un valor añadido que podría hacer aumentar ese interés. El móvil económico parece obvio en una posible explicación de la «piedad» del rey Hasán que a tantos extrañara. Pero si se analizan casos similares no es tan «raro» ese comportamiento; en otros intentos de huida, incluso masivos y con éxito, las condenas a muerte fueron muy selectivas y con alguna causa agravante. Los relatos de Sosa —*Diálogo de los mártires...*— lo demuestran; en algunos casos, la agravante es que es un renegado/converso, con lo que tiene de matices de abjuración religiosa y de desertión, en otros casos hay acciones violentas con sangre en el intento, como el caso de Juan Genovés evocado más arriba. De la treintena de cautivos que participaron con el castellano Cuellar en la fuga fallida, pocos meses antes del último ensayo de Cervantes, sólo fue apaleado Cuellar; era esclavo de Hasán, pero peculiar; había llegado a la ciudad huyendo de Orán y no debía de ser

previsible una gestión de rescate, no era una «mercancía cara». En el episodio de la cueva de Cervantes sí hubo una víctima, el jardinero navarro Juan, porque su amo insistió en castigarle así; si el rey Hasán mostró interés por continuar la investigación fue por encontrar una prueba contra el redentor Olivar con lo que ello hubiera podido suponer de beneficio económico en compensación por una falta probada en un personaje tan relevante. En la intentona de 1579, finalmente, aparentemente no se había llegado nada más que a los preparativos previos, la mediación de Maltrapillo, amigo del rey, debió de ser eficaz y Cervantes era de alto rescate y esclavo de un patrón que estaba de viaje, fuera de Argel, notable berberisco, que sería el perjudicado en caso de muerte de su cautivo. En las dos ocasiones el reo fue condenado a prisión.

Frente a Hasán Veneciano, Cervantes debió de experimentar un cúmulo de sensaciones abrumadoras, pero es difícil imaginarse alguna que pudiera estar relacionada con una posible «diversidad sexual» que pudiera intuirse de sus textos de creación literaria. Si hubo lugar al análisis o a la reflexión en el momento mismo de la escena dramática, más estarían relacionados con la diversidad de «fortuna», la pobreza y la libertad. El problema no era de relación sexual sino de relaciones de poder: de amo a esclavo, de pobre a rico, de rey a cautivo, de «fortuna» dispar escandalosa en dos jóvenes de poco más de treinta años de dos ciudades privilegiadas de su tiempo y que conocían desde dentro el cautiverio, sus humillaciones y la carga que podía suponer para un proyecto vital.

Hasán Veneciano —más que Euch Ali, como el visir Ibrahim había sido— era figura paradigmática en los medios berberiscos. Hombre pobre, esclavo desde muy joven, que llega a convertirse en hombre rico e influyente y que llega a rey. Modelo a imitar por un cautivo si no fuera «lo que razón le dice» —habla el soldado cautivo Saavedra en *Los tratos...*—, pues a ningún renegado ha visto «llegar nunca a buen puerto»; los que lo han intentado «por alcanzar libertad en esta vida», han caído en

lazos... codiciosos, vanos, / con que el demonio tienta fácilmente / con el alma ligarte pies y manos. / Un falso bien te muestra aquí aparente, / que es tener libertad....

Se puede prescindir fácilmente en esta reflexión cervantina sobre el renegado del componente religioso —el «demonio» puede leerse como «situación», «estado de ánimo» o «decisión equivocada», por ejemplo— y el razonamiento sigue siendo correcto. Con el alma, esa decisión te liga «pies y manos»; esa «libertad» sería «falso bien», «sombra y apariencia / de este vano deseo» de «alcanzar libertad en esta vida». Y cuando llegue la muerte «a ponerle en perpetua servidumbre» —la otra leve referencia religiosa— el círculo se habrá cerrado. La «libertad» —como «sombra y apariencia» de ella— ligará «pies y manos» para alcanzar esa otra libertad más allá de Berbería, que sería el bien más preciado y permitiría llegar a «buen puerto»⁹⁹. Dejando aparte las leves alusiones religiosas, pienso que el soldado Saavedra está hablando del peligro supremo del desarraigo.

A pesar del humor cervantino, el tono de seriedad aparece siempre que trata de pobreza, poder y libertad; no en las cuestiones de sexo, en donde con frecuencia, sino casi siempre, el tono es erótico-festivo, en la onda de los medios populares, como recordara Bajtún¹⁰⁰. Muy al contrario de lo que sucede con la literatura «papaz» contra-reformista en la que el sexo tiene siempre tonos terribles de pecado y condenación. Y creo que es en ese aspecto en donde al estudio de la profesora de la Sapienza de Roma, Rosa Rossi, le encuentro algo sospechoso de continuar ese tipo de enfoques «papaces», forjadores de la «leyenda negra» de Berbería.

Cuando Cervantes hace llegar de Argel a Barcelona a la morisca Ana Félix vestida de varón mientras deja en Argel a

⁹⁹ Los textos son de la jornada IV de *Los baños de Argel*. Ver Sola, p. 282.

¹⁰⁰ Ver Capítulo V. Es de gran interés el último trabajo de Luce López-Baralt, *Un Kama Sutra español* (Madrid, 1992), sobre todo el Capítulo III, «Cristianismo y Eros», síntesis muy esclarecedora.

su novio joven; guapo y cristiano viejo Gaspar Gregorio, disfrazado de mujer en un «harén» para evitar los peligros de —y continúo con el neologismo algo procaz— «bardajeo», Cervantes consigue un efecto de rareza o de extrañeza cultural; en una lectura popular, al margen de juicios morales católico-oficiales, sonaría a broma socarrona, a algo divertido y de situación disparatada al lado del peligro real que es que Gaspar Gregorio no pueda volver a reunirse con su novia Ana Félix en su tierra, en la que son ricos y queridos por su entorno —como Sancho mismo—. En el juego de Ana Félix como varón aparente y mujer real —si hubiera sido varón hubiera sido ajusticiada, pero era mujer—, morisca pero católica cristiana —como morisca debía irse de España, como cristiana, todos van a gestionar en la Corte su permanencia en el país—, así como en el Gaspar Gregorio disfrazado de mujer pero varón, cristiano viejo en peligro en Berbería por tener que fingir hasta su sexo, el desenlace vendrá de la mano de un renegado generoso y arrepentido que valientemente arriesgará su vida para hacer que los dos jóvenes puedan recuperar su «ser», dejar de fingir. Lo anecdótico y metafórico es la ficción de sexo, lo importante es la libertad, sus creencias reales, el amor que une a la pareja separada, el deseo común de estar en su «patria», de no estar, aunque fuera juntos, en otra tierra, desarraigados¹⁰¹.

Pero donde el sexo «fingido» y la valoración en grados de importancia del sexo y las creencias se perfila mejor y alcanza las cotas más altas de comicidad y jocoso recurso literario es en *La Gran Sultana*. Un romance intercalado en una escena festiva de la propia obra teatral narra la biografía de la que llegará a esposa del sultán turco:

En un bajel de diez bancos,
de Málaga y en invierno,
se embarcó para ir a Orán

¹⁰¹ *Quijote*, II, LXV.

un tal Fulano de Oviedo,
hidalgo pero no rico:
maldición del siglo nuestro
que parece que el ser pobre
al ser hidalgo es anexo.
Su mujer y una hija suya,
niña y hermosa en extremo,
por convenirles así
con él también se partieron.

Cautivados por Morato Arraez, la niña fue vendida en Tetuán a un rico moro, Alí Izquierdo; «la madre murió de pena» y al padre lo llevaron a Argel. Cuatro años después Morato vuelve a comprar la niña, muy hermosa, y la lleva a Constantinopla, en donde se enamora de ella el joven sultán y, a pesar de que no quiere dejar de ser cristiana. Cómo Catalina de Oviedo se convierte en la Gran Sultana o esposa del sultán otomano, con el consentimiento de que siga siendo cristiana y usando sus ropas españolas y costumbres, es el asunto marco de la pieza teatral. En una fiesta que organizan cautivos españoles, con música y danza, por ejemplo, baila Catalina de Oviedo; pues, como dice Cervantes:

No hay mujer española que no salga
del vientre de su madre bailadora,

irónicamente, por boca del gracioso Madrigal, comprometido con su amo en hacer hablar a un elefante para alcanzar la libertad. Pero enmarcado en ese asunto principal, se desarrolla una historia de cautiverio paralela y singular, protagonizada por una pareja de enamorados, Clara y Lamberto, que para estar juntos han decidido que el chico Lamberto se disfraza de chica y adoptan los nombres de Zaida (Clara) y Zelinda (Lamberto). Los amores de ambos, en el harén real, se complican al quedar encinta Zaida/Clara y temer ambos porque se descubra el verdadero sexo de Zelinda/Lamberto. Deseando la corte otomana que el sultán tenga hijos para asegurar la

sucesión, quieren que elija a una mujer del harén para que la fecunde; a pesar de que el sultán lo hace con desgana, enamorado como está de Catalina de Oviedo, elige finalmente una mujer que resulta ser Zelinda/Lamberto. Aterrada, Clara/Zaida acude a la Gran Sultana y le narra toda la verdad; ésta decide ayudar a los amantes y va a ver al sultán. Llega en el momento en el que se ha descubierto el verdadero sexo de Zelinda/Lamberto y éste insiste en que ha sido un milagro del profeta Mohamed:

Siendo niña, a un varón sabio
oí decir las excelencias
y mejoras que tenía
el hombre más que la hembra;
desde allí me aficioné
a ser varón, de manera
que le pedí esta merced
al cielo con insistencia.
Cristiana me la negó
y mora no me la niega
Mahoma, a quien hoy gimiendo
desde el serrallo hasta aquí,
en silencio y con inmensa
eficacia, le he pedido
se hiciera merced tan nueva.
Y si por tales milagros
se merece alguna pena,
vuelva el Profeta por mí
y por mi inocencia vuelva.

La Gran Sultana se muestra disgustada —lo que el sultán cree celos y se alegra de ello pues celos significan amor—, y le comunica su embarazo:

Si por dejar herederos
éste y otros desafueros
haces, bien podré afirmar
que yo te los he de dar

y que han de ser los primeros,
pues tres faltas tengo ya
de la ordinaria dolencia
que a las mujeres les da.

Finalmente, se acepta el milagroso cambio de sexo de Lamberto, se le casa con Clara/Zelinda y la sultana le nombra bajá de Xío: «Bajá de Xío, Zelinda o Zelindo es ya».

La desenvoltura y el humor con que trata Cervantes los asuntos más escabrosos y ambiguos en lo sexual le alejan mucho de la manera de abordar esos mismos asuntos que tienen los medios eclesiásticos contrarreformistas, en los que Rossi se basa para su ensayo tal vez sin saberlo. En donde ellos ven pecado y horror, Cervantes ve posibilidad de enredo literario y comicidad. Rossi dice que en Cervantes, si no homosexualidad abierta, cabría afirmar «fantasías» homosexuales, en el más puro estilo de confesor católico —Blanco de Paz, Enríquez, Gracián, Sosa mismo— con distingos de pecados de pensamiento y de obra. Las posibles «fantasías» homosexuales a la hora de describir esa sociedad orientalizable y exótica, tan diferente a la hispano-católica oficial del momento, se captan mucho más a las claras en esos escritores eclesiásticos célibes de la época de la Contrarreforma que en el Cervantes contemporáneo suyo. Antonio de Sosa, con mucha frecuencia, erotiza un simple paseo por Argel viendo pecado de la carne en cada mirada, en cada conversación, en cada esquina. Cervantes, muy al contrario, puede convertir eso que para el «papaz» es tremendo y escandaloso en motivo jocoso, insulto popular gracioso, como en la escena populachera del cómico Sacristán y los niños moros que le molestan en una calle de Argel, malhablada y barriobajera¹⁰².

¹⁰² Morillo: «¡Rapaz cristiano, non rescatar, non fugir; don Juan no venir, acá morir, perro, acá morir!»

El tono de Cervantes es laico y distendido, muy al contrario que el tono «papaz», puntilloso en el buscar comportamientos pecaminosos, aunque sean íntimos —la declaración del carmelita Enríquez, aunque tan favorable a Cervantes, es una muestra elocuente de ello—, siempre a punto para procurar sentimientos de culpa. El tono cervantino se acercaría al de sus compañeros de desdicha, soldados de vida agitada o caballeros en desgracia, al punto de vista popular mucho más que al oficial-católico, sobre el que ironizará a lo largo de toda su obra y a lo largo de toda su vida. Los posibles «pensamientos» o «fantasmas» homosexuales que pudieran pasársele a Cervantes por la mente, más que sentido de culpa —mala conciencia, pecado— le dieron alas para su creación, nuevos recursos literarios, posibilidades nuevas para inquietar o sorprender a sus lectores, una «máscara» más, que dijera Goytisolo, con su providencial e irónica sonrisa. No hay morbo sino juego, muy al contrario que en la literatura «papaz».

Primero, libertad; luego, pobreza. Esos son los asuntos «serios» en el análisis cervantino. El sexo es algo anecdótico, secundario, subordinado a lo anterior. Incluso en el cautiverio la pobreza es un mal esencial; a la hora de distribuir trabajos, el dinero puede evitar los más duros, como un guardián sentencía a un esclavo al referirse a los caballeros.

Sacristán: «¡Oh, hijo de una puta,
nieto de un gran cornudo,
sobrino de un bellaco,
hermano de un gran traidor y sodomita!»
Otro (morillo): «¡Non rescatar, non fugir;
don Juan no venir;
acá morir!»
Sacristán: «¡Tú morirás, borracho,
bardaja fementido;
quinola punto menos,
anzuelo de Mahoma, el hideputa!»

Los baños..., jornada II. Este «rapaz cristiano» tendría más sentido como «papaz cristiano», aunque tanto Induráin en su edic. de la B.A.E. como Canavaggio en la suya de Taurus (Madrid, 1983) mantienen el «rapaz».

Esclavo: «¿Y si pagan?»
Guardián: «Cosa es llana
que hay sosiego do hay dineros»¹⁰³.

Lo «serio» es «la melancolía que es no tener libertad», en boca del cautivo don Lope encadenado¹⁰⁴. Lo «serio» es esa confesión del cautivo Saavedra:

El cuello enflaquecido, al trabajado
yugo de esclavitud amarga puesto,
bien ves que a cuerpo y alma es peligroso;
y más aquel que tiene presupuesto
de dejarse morir antes que pase
un punto el modo de vivir honesto¹⁰⁵.

De melancólica sinceridad y convincente autorretrato íntimo que la información de Argel de fray Juan Gil no hizo sino confirmar con tantos cariñosos testimonios de los compañeros del soldado Saavedra. Lo «serio» son las palabras del demonio:

En el infierno todo no hay quien haga
más cruda y fiera plaga entre cristianos,
aunque muestren más sanos corazones
y limpias intenciones, que es la dura
necesidad, que apura la paciencia.
No tiene resistencia esta pasión.
La otra es la ocasión...¹⁰⁶.

«Ocasión» y «Necesidad» se confabularán contra el cautivo Aurelio para tentarle y que acceda a las solicitudes sexuales de su ama Zahara, traicionando así el amor de Silvia, su esposa. La tentación será, al final, vencida, en el maduro

¹⁰³ *Los baños...*, jornada I.

¹⁰⁴ *Ibidem*.

¹⁰⁵ *Los tratos...*, jornada I.

¹⁰⁶ *Ibid.*, jornada III.

Aurelio¹⁰⁷, aunque no lo fuera en el joven Juan. La escena de Aurelio y los hermanos Juan y Francisco va a continuación de la de la tentación de Aurelio. En ella Juan, ahora Solimán, muestra su contento de ser moro a la vez que reniega de su hermano:

Juan: «¿Hay más gusto que ser moro?
Mira este galán vestido,
que mi amo me le ha dado,
y otro tengo de brocado
más bizarro y más polido.
Alcuzcuz como sabroso,
sorbeta de azúcar bebo,
y el corde, que es dulce, pruebo,
y pilao, que es provechoso...».

¹⁰⁷ Aurelio: «De mil astucias usa y de mil mañas
para traerme a su lascivo intento:

ya me regala, ya me vitupera,
ya me da de comer en abundancia,
ya me mata de hambre y de miseria».

Necesidad: «Grande es, por cierto, Aurelio, la que tienes».

Aurelio: «Grande necesidad, cierto, padezco».

Necesidad: «Rotos traes los zapatos y vestidos».

Aurelio: «Zapatos y vestidos tengo rotos».

Necesidad: «En un pellejo duermes y en el suelo».

Aurelio: «En el suelo me acuesto en un pellejo».

Necesidad: «Corta traes la camisa, sucia y rota».

Aurelio: «Sucia, corta camisa y rota traigo».

Ocasión: «Pues yo sé, si quieres, que hallarías
ocasión de salir dese trabajo».

Aurelio: «Pues yo sé, si quisiese, que podría
salir desta miseria a poca costa».

Ocasión: «Con no más de querer a tu ama Zahara,
o con dar muestras sólo de quererla».

Aurelio: «Con no más de querer bien a mi ama,
o fingir que la quiero, me bastaba.

Mas, ¿quién podrá fingir lo que no quiere?».

Necesidad: «Necesidad te fuerza a que lo hagas».

Aurelio: «Necesidad me fuerza a que lo haga».

Ocasión: «¡Oh, cuán rica es Zahara y cuán hermosa!».

Aurelio: «¡Cuán hermosa y cuán rica que es mi ama!».

Necesidad: «Y liberal, que hace mucho al caso

Su hermano Francisco, ya fuera de escena Juan/Solimán, se lamenta:

¡Oh, tierna edad! ¡Cuán presto eres vencida,
siendo en esta Sodoma requestada
y con falsos regalos combatida!

Y Aurelio hará también su reflexión, entre la que sobresale la consideración del acto de renegar del joven Juan como una «dolencia», como pecado de juventud que tendrá curación:

Aurelio: «Dios te guíe, Francisco, y ten paciencia
que la mano bendita poderosa
curará de tu hermano la dolencia».

Al final de *Los tratos de Argel* aparece el rey Hasán Bajá —Hasán Veneciano y no el hijo de Barbarroja del mismo nombre, que sería el rey de *El gallardo español*— y en su imagen de rey codicioso y cruel; hace apalea a un cautivo de Málaga que había huido hacia Orán y negocia con los cautivos, incluso perjudicando a sus súbditos —como el amo de Aurelio, el renegado español Yúsuf—, que es la imagen que de Hasán Veneciano dejó Sosa y el propio Cervantes en el *Quijote*. Porque eso es lo importante de la imagen de ese rey, más que sus aficiones sexuales, mero añadido secundario en la mente de Cervantes. Pienso que el ensayo de Rossi se queda muy corto, de alguna manera en sencilla fabulación ahistórica poco elaborada o demasiado a la ligera. Hasán Veneciano y Cervantes frente a frente no pienso que se plantea-

que te dará a montón lo que quisieres».

Aurelio: «Y, siendo liberal y enamorada,
daráme todo cuanto le pidiere».

Ocasión: «¡Extraña es la ocasión que se te ofrece!».

Aurelio: «¡Extraña es la ocasión que se me ofrece!

Mas no podré torcer mi hidalga sangre

de lo que es justo y a sí misma debe».

(*Ibidem*).

ran una peculiar relación amorosa, ni siquiera que «pensaran» en ello vagamente. Ambos eran ya lo suficientemente adultos y maduros como para tener otras preocupaciones esenciales. Lo importante allí no era el sexo y no es posible erotizar aquella escena. Lo importante, en la mente de los dos, era el poder y su incidencia en la vida —en la libertad— de ambos.

El gran mensaje cervantino es otro. Al margen de nimiedades erótico-festivas que sólo sirven para enmarcarlo mejor, como en esa lección sobrecogedora y gozosa que es *La Gran Sultana*. Que los cervantistas se enzarcan en la discusión del «sexo de los ángeles» —formalismos y simbolismos—, sobre todo en el sector tal vez menos sincero, más defensor de intereses y clientelismos que poco tienen que ver con esa gran lección que es el Cervantes histórico, sólo sirve para «echar balones fuera». «Y no hablan dos, si uno no quiere.» Para silenciar la voz profunda de Cervantes, o una de las voces al menos. La Gran Sultana doña Catalina de Oviedo —ahí es nada la raigambre cristiana vieja de la «famosa asturiana»— vive una historia de amor pleno, gozoso y con fruto —preñada de un heredero otomano—, al que no renuncia en absoluto. Ella para el Sultán, al final de la obra —sus últimas palabras en escena—, es «la cristiana de sus ojos»:

Ven, cristiana de mis ojos,
que te quiero dar de nuevo
de mi alma los despojos.

Y el Sultán, para doña Catalina de Oviedo, su gran amante:

porque las paces que hacen
amantes desavenidos,
alegran y satisfacen
sobre todo a los sentidos
que enojados se deshacen.

«Alegre y satisfecha», Catalina de Oviedo termina también la obra. A pesar de que sabía que la unión asturiano/otomana, cristiano/islámica, era improbable

pues no junta bien amor
dos que las leyes dividen.

El amor entre «leyes» diferentes, con esas connotaciones cervantinas un tanto laicas. En ambas palabras, pues el «amor», en el párrafo en el que habla Catalina de Oviedo, no deja de ser algo bien físico:

¿Dónde, señor, se habrá visto
que asistan dos en un lecho,
que el uno tenga en el pecho
a Mahoma, el otro a Cristo?

Es en ese descenso cervantino a tierra, una vez más, en donde es más admirable Cervantes hoy. Doña Catalina de Oviedo, la Gran Sultana, confirma que es posible, y hasta gozoso, juntar amorosamente las dos «leyes» enfrentadas en un mismo «lecho». Madrigal, el cautivo gracioso y vividor, hará un canto a Constantinopla antes de volver —«que me muero / por verme ya en Madrid hacer corrillos / de gente que pregunte»—, con su amigo el espía Andrea, genovés; laudatorio para la «famosísima» ciudad, no impide que vuelva el español Madrigal con información militar bien precisa: cada día pueden fletar una galera nueva los turcos, perfectamente pertrechada para la navegación. Así era en realidad, según los agentes que llevaban los negocios secretos de Su Majestad Católica. Con los que, sin duda, con el genovés Andrea al lado, contactaría en Venecia, Otrano, Nápoles o Palermo.

También Roberto, el llegado a Estambul en busca de su ahijado Lamberto/Zelinda, huido de Transilvania en busca de su amada Clara/Zaida, termina satisfecho, su misión cumplida. Los dos amantes, tras el truco del milagro fingido por

Lamberto del cambio de sexo, han conseguido un rentable empleo: el *bajalik* de Rodas. Es posible que pudieran enriquecerse rápidamente y, si no les tentaba seguir enriqueciéndose más y más o no les cambiaba la suerte, es posible también que volvieran a su «patria» de origen, con sus «naturales», a disfrutar de sus nuevas riquezas. Son varios los mensajes enviados por Cervantes en ese final sinfónico, de varias voces, de *La Gran Sultana*.

La pieza teatral termina con las palabras que Cervantes quiso que se recordaran mejor; desea para Catalina de Oviedo un trato de «modélica» por su «libertad» —cervantina ocurrencia—, pues:

que de su libertad y su memoria
se haga nueva y verdadera historia.

Si una tradición, recogida por Mármol, como viéramos en su capítulo, que es fácil que en los mismos medios berberiscos que conociera Mármol llegara a oídos de Cervantes también y de Sosa, aunque éste no la recogiera, hace a Jeredín Barbarroja hijo de una posible cautiva de Marchena, llamada Catalina, no sería extraña una Catalina de Oviedo peculiar heroína, aunque sólo fuera literaria. A una Catalina de Marchena, andaluza y tal vez con sospecha de sangre morisca, Cervantes opondría una Catalina de Oviedo, por excelencia cristiana vieja, más perfecto segundo eslabón para un futuro mestizaje.

ÍNDICE GENERAL	
PARTE PRIMERA	
BERBERÍA Y LA SAGA DE LOS BARBARROJA: UN ESTADO NUEVO Y UNA NUEVA SOCIEDAD	
I. Aruch Barbarroja, de corsario a señor de un territorio	13
II. Jeredín Barbarroja y la consolidación de un Estado berberisco	22
III. Berbería después de Jeredín Barbarroja: Dragut y Hasán Bajá, el hijo de Barbarroja	33
IV. El nuevo Estado berberisco de los Barbarroja	38
V. Una nueva sociedad berberisca	50
PARTE SEGUNDA	
BERBERÍA EN TIEMPOS DE CERVANTES	
VI. Euch Alí y Berbería	73
VII. Las negociaciones hispano-turcas después de Lepanto	83
VIII. La cuestión berberisca en torno a 1578. Abdelmelec y el rey Sebastián de Portugal	106
IX. Ramadán Bajá, Hasán Veneciano y la Argel de Cervantes	121
X. Cervantes y los servicios secretos españoles	156
PARTE TERCERA	
CERVANTES Y LA BERBERÍA	
XI. Moriscos y Renegados	187
XII. Hasán Veneciano y Cervantes frente a frente. Renegados y cautivos	218
FINAL: Antonio de Sosa, un clásico inédito amigo de Cervantes, y una posible teoría de los espías	277
Envíos y dedicatoria finales	289
293	

